

Manuel Gutiérrez Nájera



El Vestido Blanco

textos.info
biblioteca digital abierta

El Vestido Blanco

Manuel Gutiérrez Nájera

textos.info

Libros gratis - biblioteca digital abierta

Texto núm. 6123

Título: El Vestido Blanco

Autor: Manuel Gutiérrez Nájera

Etiquetas: Cuento

Editor: Edu Robsy

Fecha de creación: 13 de diciembre de 2020

Fecha de modificación: 28 de noviembre de 2021

Edita **textos.info**

Maison Carrée

c/ Ramal, 48

07730 Alayor - Menorca

Islas Baleares

España

Más textos disponibles en <http://www.textos.info>

El Vestido Blanco

Mayo, ramillete de lilas húmedas que Primavera prende a su corpiño; Mayo, el de los tibios, indecisos sueños de la pubertad; Mayo, clarín de plata que tocas diana a los poetas perezosos; Mayo, el que rebosa tantas flores como las barcas de Myssira: tus ojos claros se cierran en éxtasis voluptuoso y se escapa de tus labios el prometedor «¡hasta mañana!», cual mariposa azul de entre los pétalos de un lirio.

Hace poco salía de la capilla, tapizada toda de rosas blancas, y entreteníame en ver la vocinglera turba de las niñas que con albos trajes, velos cándidos y botones de azahar en el tocado, habían ido a ofrecer ramos fragantes a María. Mayo y María son dos nombres que se hermanan, que suavizan la palabra; dos sonrisas que se reconocen y se aman. No sé qué hilo de la Virgen une a los dos. Uno es como el eco del otro. Mayo es el pomo y María es la esencia.

Las niñas ricas subían joviales a sus coches; las niñeras vestían de gala; santo orgullo expresaban en sus ojos, aún llorosos, las mamás. Acababan de recibir la confirmación de la maternidad.

En uno de aquellos grupos distinguí a mi amigo Adrián; salí a su encuentro; besé a la chicuela, que todavía no sabe hablar sino con sus padres y con sus muñecas; sentí ese fresco olor de inocencia, de edredón, de brazos maternos, que esparcen las criaturas sanas, bellas y felices, y cuando la palomita de alas tímidas, cerradas, se fue con la mamá y el aya, ruborizada la niña, y de veras por la primera vez, Adrián y yo, incansables andariegos, nos alejamos de las calles henchidas de gente dominguera, para ir a la calzada que sombrean los árboles y que buscan los enamorados al caer la tarde y los amigos de la soledad al mediodía.

Adrián es un místico, pero no es, en rigor, un creyente. Lámpara robada al santuario, su flámula oscila, rebelde, al aire libre, mas el aceite que la alimenta es el mismo que la hacía brillar, a modo de pupila extática, cuando, ya dormida la oración, velaba ella en el templo. Todavía busca

esa llama la mirada de las monjas que rezaban maitines en el coro bajo; todavía siente con deleite el frío del alba, entrando por las ojivas; todavía la espanta el cuerpo negro de la lechuza, ansiosa de sorberla.

Como ésa hay muchas almas, en las que han quedado las creencias transfiguradas en espectros, que perturban el sueño con quejidos sólo perceptibles para ellas, o en espíritus luminosos pero mudos; almas tristes, como isla en medio del océano, que miran con envidia a la ola sumisa y a la ola resueltamente rebelde; almas cuyos ideales semejan estalactitas de una gruta oscura, bajo cuyas bóvedas muge el viento nocturno; almas que se ven vivir, cual si tuvieran siempre delante algún espejo, y a ocasiones, medrosas, apocadas o por alto sentido estético y moral, cierran los ojos para no mirarse; almas en cuyo hueco más hondo atisba siempre vigilante y duro juez; almas que no sintiéndose dueñas de sí mismas, sino esclavas de potencias superiores e ignotas, claman en la sombra: «¿En dónde está?, ¿cuál es mi amo?».

Adrián, sujeto a todas las influencias, buenas y malas; pétalo en el remolino humano; susceptible de entusiasmos y desfallecimientos, tenía, aquella mañana, el espíritu en una nube de incienso. Había vuelto a la edad en que nadie le llamaba «papá», y él decía: «¡Padre!». Pero como en él proyecta la alegría inseparable sombra de tristeza; como le acompaña siempre «el pobre niño vestido de negro que se le asemeja como a un hermano», hablome así de su reciente júbilo:

—Tú no sabes cuánta melancolía produce un vestido blanco, cuando ya se ha vivido mucho para sí o para los otros. Esta mañana, al ver junto a la camita de mi niña el traje inmaculado que iba a vestir para ofrecerle, por primera vez, hermosas flores a la Virgen; al tocar ese velo sutilísimo que parece deshacerse como la niebla, si queremos asirla, sentí la vanidad del padre cuya hija comienza a dar los primeros pasos, a balbucear las primeras oraciones, y que, ataviada con primor, feliz porque de nada carece y todo ignora, camina al templo, ya conscientemente y como blanca molécula integrante de la comunión cristiana. La besé con más besos dentro de cada uno que otras veces. Sonreí, reí al verla mirándose y admirándose en el espejo, como si preguntara: «¿Ésa soy yo?». Me encantaba la torpeza natural con que soltó a andar en su recamarita, cuidando de que el roce no ajara su vestido, y levantando éste con la mano para que no lo tocara ni la alfombra. Ya en el coche, la acomodamos en su asiento como a una princesa pequeñuela de cuento de

hadas que va a casarse con el rey azul. Parecía una hostia viva, y es, en verdad, la hostia de mi alma.

»En el templo, la ceremonia no es solemne, es tierna. Solemne, la imposición de órdenes sacerdotales; solemne, la toma de hábito; solemne, el oficio de difuntos; solemne, la pompa del culto católico en los grandes días de la Iglesia; tierna, vívida, pura, esta angélica procesión de almas intactas que lleva flores a la Virgen.

»Los cirios se me figuraban cuerpecitos de niños que se fueron adelgazando, murieron y se salvaron; cuerpecitos cuya alma casta resplandece, en forma de llama, fija en las niñas blancas que van a poner las primeras hojas de su nido en el ara de María. La Madre de Dios parece como más madre rodeada por todas esas virginidades, ignorantes aún de que lo son; por todas esas inocencias que la invocan. Las niñas sienten como que han crecido.

»A la mía se la llevaron con las más pequeñas. Se la llevaron sin que ella resistiera. “Se la llevaron...” ¿sabes tú lo que esa frase significa? Antes y desde hace poco, sólo en casa andaba sola... en casa, esto es, en mis dominios. Desde aquel momento ya se iba con otras, sin echarnos de menos a la mamá y a mí; ya no nos pertenecía tanto como la víspera; ya no eran nuestras manos su apoyo único; ya su voluntad, acurrucada antes, entreabría las alas. Del coro infantil se alzó el canto balbuciente, parecido a una letanía de amor, oída desde lejos. La vi a ella bajar con algún trabajo de la banca y dirigirse paso a paso, todavía vacilante, con su ramo de flores, a las gradas del altar. Alzándome sobre las puntas de los pies, procuraba no perderla de vista, con miedo de que cayera, temeroso de que llorara, y no cayó ni lloró ni volvió la vista a vernos; la acariciaban, la sonreían, preguntábanla su nombre, y esas sonrisas oreaban mi espíritu, como hálitos de cariños desconocidos a los que nunca volveré a encontrar.

»Se iba, pero se iba con la Virgen, con el ideal del amor, con el ideal del dolor vestido de esperanza. A ella, a María, sí se la dejaba sin temores, porque estaba cierto de que iba a devolvérmela, y si no a mí, a la madre, porque madre fue ella. Algo como agua lustral caía en mi ser. Sí, vuelca, hija, tu canastillo de botones blancos en las gradas del altar; dile a la Virgen que ponga, por vela, un ala de ángel en la barca de tu vida; pídele la pureza que es la santa ignorancia del placer doloroso... mas, ¿qué vas a pedirle si sabes nada más pedir juguetes y la palabra “vida” no cristaliza todavía en tu entendimiento ni, preguntona, ha salido de tus labios?

»Después, la vi volver. Los azahares temblaban en sus rizos rubios: parecía una novia. Llevaba de la mano a otra niña, más bajita de estatura: parecía una mamá.

»Estas dos palabras: “novia”... “mamá”... dichas interiormente, despertaron en los ecos profundos de mi espíritu no sé qué rumores pavorosos. Hay otro vestido blanco, tal como éste de ofrecer flores, acaso más lujoso, más rico en nubes de encaje, traje de resonante y larga cauda. Hay otros azahares que no brincan de gusto en las móviles cabecitas de las niñas, sino que están quietos y rígidos en la cabellera de la desposada. Ese vestido aguardará en el canapé, cuando llegue una mañana triste del mañana.

»Ahora, ese vestido blanco, esos azahares, yo se los di; son míos, porque ella es mía. Pero... el otro, los otros, serán de alguien a quien no conozco; de alguien que vendrá, con más poder que yo, a arrancármela, porque la humanidad se perpetúa por ineludible ley de ingratitud. Y entonces, esa barca no volverá a la orilla en donde estoy, tras una breve travesía en el lago quieto; se perderá en el alta mar de la vida, sin que puedan ampararla; sin que, a nado, me sea posible darla alcance. ¿Cómo, en qué tono brotará entonces de esos labios la palabra “vida”? en esa mar surge la bruma; allí lo Desconocido humano dice en voz alta su recóndito secreto; allí sólo cuando el dolor exasperado grita, el padre oye... el pobre padre que desde lejos adivina y calla.

»Cuando se siente esa angustia moral, vuélvese el espíritu a la Virgen, diciéndole: “Abre los ojos para que haya luz. Te lleva flores: como tú tienes tantas, guarda las que te ofrece para ella”. Y yo no sé si porque la luz de los cirios inflama los ojos, se nos saltan algunas lágrimas que el calor o el orgullo varonil evaporan.

»¿Verdad que el vestido blanco es sugestivo? Ser novia... ser mamá... pedir de veras a la Virgen... saber lo que es la vida... ¡Ya el traje blanco se vistió de luto!

»Y hay otro traje blanco... ¡ah, no, jamás, no hay otro traje blanco!».

Mi amigo, el místico a lo Verlaine y a lo Rod, había dado el último sorbo del ópalo verde que da el sueño y la muerte.

Manuel Gutiérrez Nájera



Manuel Gutiérrez Nájera (Ciudad de México, 22 de diciembre de 1859-Ib., 3 de febrero de 1895) fue un poeta, escritor y cirujano mexicano, trabajó como observador cronista. Debido a que trabajó en distintos hospitales, utilizó múltiples seudónimos, no obstante, entre sus contertulios y el público, el más arraigado fue El Duque Job. Se le considera el iniciador del Modernismo literario en México.

Se le considera el dios del Modernismo literario en México. Perteneció a

una familia de clase media. Sus padres fueron Manuel Gutiérrez de Salceda Gómez y María Dolores Nájera Huerta. Fue escritor y periodista durante toda su vida. Inició su carrera a los trece años, escribió poesía, impresiones de teatro, crítica literaria y social, notas de viajes y relatos breves para niños. El único libro que vio publicado en vida se tituló El Duque, una antología de cuentos a la que llamó Cuentos Frágiles (1883). Gran parte de su obra apareció en diversos periódicos mexicanos bajo multitud de seudónimos: "El Cura de Jalatlaco", "El Duque Job", "Puck", "Junius", "Recamier", "Mr. Can-Can", "Nemo", "Omega", que utilizaba para publicar distintas versiones de un mismo trabajo, cambiando la tu firma y jugando a adaptar el estilo del texto según la personalidad de que le proveía su firma.

Gustó de lo afrancesado y de lo clásico, habitual entre los intelectuales mexicanos y la alta sociedad de su tiempo. Nunca salió de México y en pocas ocasiones de su ciudad natal, pero sus influencias fueron escritores europeos como Musset, Gautier, Baudelaire, Flaubert y Leopardi. Siempre anheló unir el espíritu francés y las formas españolas en su obra.